

Encontrando las trampas

# Editorial

Patricia Muñoz Ríos

Hubo una vez un país donde los empresarios se empeñaban en dar aumento a los salarios y los obreros futuros decían "no, no". En aquel entonces, los empresarios clamaban "acepten un aumento sea un 5 por ciento de aumento, un tres, pero digan que sí". Ello no sucedió en una vigilia la bula de Espodo, ni en alguna lección del Medio Oriente, sino en México en 1988, para más señas entre el 22 de mayo.

Los Concaucos, Canacos, Camines y Coparmexos, se empeñaban en que era necesario un aumento de salario, aunque fuera mínimo, mientras que las organizaciones obreras daban un "no", rotundo la petición empresarial.

¿Acaso se había cumplido el viejo sueño capitalista de que fueran los obreros los que rechazarán los aumentos? ¿La crisis había hecho delirar a la clase trabajadora? ¿A qué se el surrealismo se había sumido de espuma en el país?

No, las razones son sencillas, concretas y más bien llanas. Los obreros pretentan no compensar la caída de su poder de compra, antes que ver llegar de nuevo la ola de aumento que se avecina luego de cada incremento salarial.

Es claro que los precios no se han mantenido tan "congelados" como se pretendía, pero cuando menos no siguen el ritmo acelerado de crecimiento que habían tomado en el último trimestre del año pasado. Además, para dar pretexto a las industrias, comercios y demás prestadoras de servicios, para nuevamente tomar la espiral inflacionaria?

**C**ada etapa de la vida plantea necesidades específicas y es la sociedad en su conjunto quien debe velar porque los individuos puedan satisfacer esas necesidades. Sin embargo el conjunto social es más dado a marginar y a explotar que a resolver o a proteger los derechos individuales.

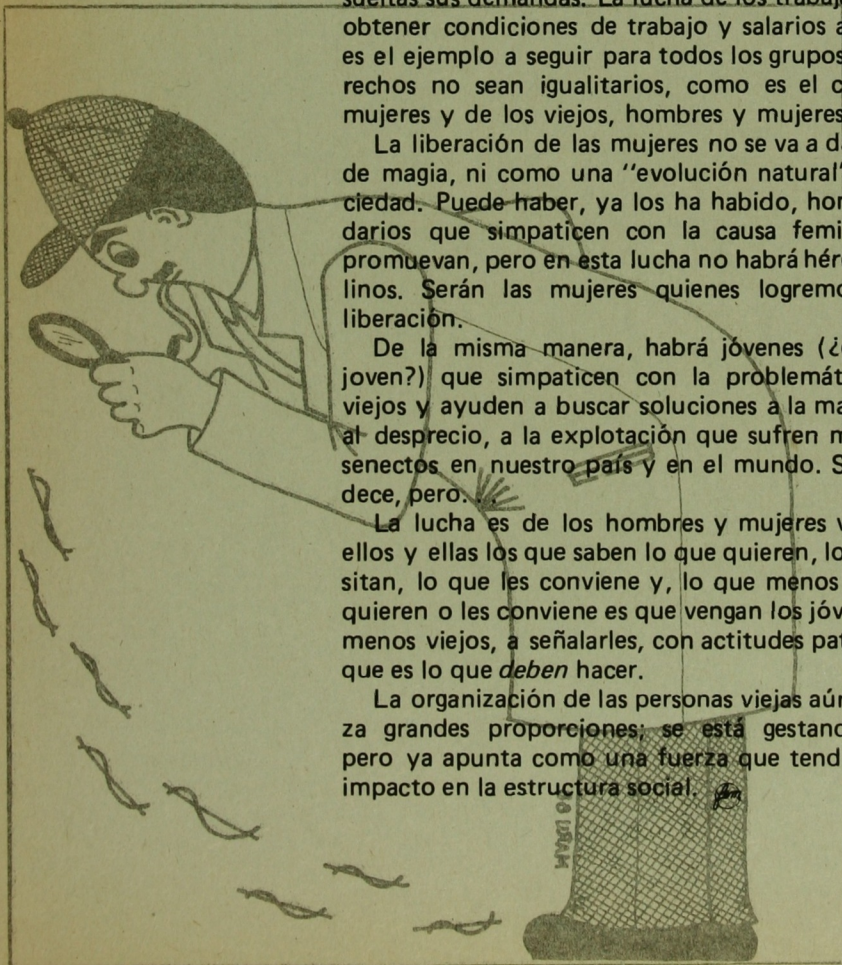
Sólo cuando los individuos se agrupan y forman organizaciones con la suficiente fuerza numérica y por lo tanto política, logran ser escuchados y son resueltas sus demandas. La lucha de los trabajadores por obtener condiciones de trabajo y salarios adecuados, es el ejemplo a seguir para todos los grupos cuyos derechos no sean igualitarios, como es el caso de las mujeres y de los viejos, hombres y mujeres por igual.

La liberación de las mujeres no se va a dar por arte de magia, ni como una "evolución natural" de la sociedad. Puede haber, ya los ha habido, hombres solidarios que simpaticen con la causa feminista y la promuevan, pero en esta lucha no habrá héroes masculinos. Serán las mujeres quienes logremos nuestra liberación.

De la misma manera, habrá jóvenes (¿qué es ser joven?) que simpaticen con la problemática de los viejos y ayuden a buscar soluciones a la marginación, al desprecio, a la explotación que sufren millones de senectos en nuestro país y en el mundo. Se les agradece, pero...

La lucha es de los hombres y mujeres viejos. Son ellos y ellas los que saben lo que quieren, lo que necesitan, lo que les conviene y, lo que menos necesitan, quieren o les conviene es que vengán los jóvenes, o los menos viejos, a señalarles, con actitudes paternalistas, que es lo que *deben* hacer.

La organización de las personas viejas aún no alcanza grandes proporciones; se está gestando apenas, pero ya apunta como una fuerza que tendrá un gran impacto en la estructura social.



Por eso, aunque parece de fábula, la de un chiste a la mexicana o parate de un cuento surrealista, los obreros fueron los primeros en rechazar un posible aumento salarial. En el último trimestre del año pasado, según datos del Banco de México, en el primer trimestre de 1988 todos los bienes y servicios, excepto un renglón, mostraron un ritmo de incremento de precios más acusado que el año anterior. Esta situación ha provocado que, en la última quincena del año pasado, el poder adquisitivo del salario mínimo de varias cuentas perdiera terreno, frente a una serie de productos de consumo.

Pase a la pág. 6